

Lo que retengo

«Nyerere, Nyerere, venimo' a recibirte
y no sabemo' quién tú ere'».

Felipe González

PARTICIPÁBAMOS EN UN SEMINARIO DE LA INTERNACIONAL Socialista que organizaba yo como Presidente de la Comisión Progreso Global, encargada de analizar el fenómeno de la globalización y explorar respuestas desde la óptica progresista. La cita era en México D.F. y Jesús había sido invitado porque íbamos a centrar nuestro análisis en las posibilidades y los riesgos de América Latina y el «mundo hispano».

En su condición de máximo responsable de la *Asociación Encuentro de la Cultura Cubana*, «debía» hablarnos de su país. Una ocasión que no podía eludir por su indudable interés como espacio de relaciones, pero que le incomodaba por contenidos que le resultaban extraños.

Hablar de Cuba y el cambio tecnológico provocado por la revolución de la información, lo consideraba fuera de sus posibilidades, aunque le preocupaba que ¡también! ese desafío del futuro se escapara a Cuba, por las limitaciones de su régimen, por la ausencia de libertades. Su país se había quedado fuera de la corriente democratizadora del continente en las décadas finales del siglo xx y esa era su principal preocupación.

En su condición de creador y trasterrado, pensaba que el tema del seminario era extraño a su dedicación y tendría poco que aportar. Su respeto a los demás parecía barrera infranqueable para su intervención.

Por fortuna decidió ser fiel a sí mismo y habló de Cuba y de sus gentes, de sus aspiraciones y de la identidad de sus paisanos.

Así nos llevó, a través del relato de la visita a La Habana de Julius Nyerere y su recibimiento «masivamente organizado» en el aeropuerto, a la condición humana esencial de ese gran pueblo. Era esa época curiosa de los 60, de la guerra fría y la política de bloques, de los «no alineados» sobrecargados de alineamiento.

Merece la pena recuperar la literalidad de ese relato cargado de humor y fuerza cinematográfica para incluirlo

en el homenaje a Jesús. Yo no me siento capaz de reproducirlo, a pesar de haberlo comentado mil veces, recreándolo en mi memoria cada vez que se habla del carácter de los cubanos, de su biológica incompatibilidad con la rigidez religiosa de los sistemas comunistas.

El escenario es el aeropuerto de La Habana. Una multitud, encuadrada en una «espontánea» manifestación de entusiasmo ante la llegada del líder africano, lo espera con banderitas y letreros de bienvenida. En un extremo de la pista están situadas las autoridades, que acudirán ceremoniosamente a los primeros saludos protocolarios tan pronto Nyerere y su delegación pisan suelo cubano. En el extremo de enfrente, encabezando la zona popular, un conjunto de músicos afrocubanos, armados de tambores y otros instrumentos, espera la señal para empezar a tocar. Pero el jefe se adelanta a la señal y un grito ronco, casi selvático, rasga el silencio: «Nyerere, Nyerereeee, venimo' a saludarte y no sabemo' quien tu eree». Los tambores rompen a tocar y la multitud corea una y otra vez la frase que les dio su jefe: «Nyerere, Nyerereeee, venimo' a saludarte y no sabemo' quien tu eree».

El mandatario, entusiasmado por los gritos rítmicos de la multitud que corea su nombre, se siente reconocido y rompe entusiasta el protocolo, para acercarse a esa masa humana que canta y baila, sin saber a quién saludan, y sin que Nyerere entienda otra cosa de ese entusiasmo popular que su nombre repetido en el estribillo de la rumba.

Con su voz profunda, Jesús terminó su relato entonando el ritmo de su tierra.

Toda una lección sobre la condición humana previa y posterior a cualquier cambio tecnológico.